

Los Derechos humanos de tercera generación como una nueva forma de vida

Third Generation Human Rights as a New Form of Life

ANGÉLICA CASTAÑEDA-MARTÍNEZ*

Resumen: A partir de una fenomenología de la no-violencia y de la solidaridad social, en el presente artículo se reflexiona acerca de los Derechos humanos de tercera generación y su relación con la situación social del México actual, todo con la finalidad de fomentar valores que se conviertan en forma de vida y que se expresen en clave de solidaridad, conciliación, tolerancia, reconocimiento y aceptación de la diferencia.

Palabras clave: Derechos humanos, No-violencia, Forma de vida, Reciprocidad, Reconocimiento

Abstract: From the perspective of a Phenomenology of Non-Violence and social solidarity, this article reflects on Third Generation Human Rights and its relation to the current social situation in Mexico, in order to encourage values that become a way of life, values that promote solidarity, reconciliation, tolerance, recognition and acceptance of difference.

Keywords: Human Rights, Non-Violence, Form of Life, Reciprocity, Recognition

* Universidad Autónoma del Estado de México, México, angelicacm_78@hotmail.com

Introducción

La moneda común de la realidad mexicana es el alejamiento y la división. Por eso es difícil hablar de ética al referirnos al mundo actual, dado que falta en todos los casos la reciprocidad del reconocimiento. “Como es arriba es abajo, como es abajo es arriba” (Trimegisto, 1998: 17). La comprensión de este axioma de la filosofía hermética es la fuente original de la ética, porque, primero, desvela en el ser humano¹ la reciprocidad como una experiencia de vida, y segundo, lo introduce en el conocimiento de sí por medio de la percepción-introspección como manifestación inmediata de la razón y de inteligencia. Esa transición de lo conocido a lo desconocido revela el misterio, ahí donde los humanos se hacen dioses, en la dimensión de lo salvo.

Devolver al ser humano su poder para que retorne a lo sagrado como aspecto ontológico (no religioso) y se abra a él como el orden del caos, como la unión del ser, esto es ética, una posibilidad de construir la existencia a partir de la comprensión de lo bueno y de lo malo; esto es, el mal no se explica sin el bien y el bien no se explica sin el mal, porque se trata de ser lo que se tiene que ser y nada más. Esto es asumir la dignidad humana con fundamento en lo auténtico.

Si volvemos a lo originario, podremos entonces pensar que la solidaridad social se vivirá desde la perspectiva de una ética común de carácter universal que privilegia prioritariamente la unidad de los pueblos, entendida como el conjunto de todos los miembros, como una misma familia: la raza humana. La solidaridad, como expresión de unidad, como una palanca de transformación social en nuestro país, será posible en la fenomenología de que todo cuanto existe está interconectado; *v. gr.*, una injusticia hecha a alguien también se volverá contra cada uno de nosotros. Lo explico: los niños de la calle también son nuestra responsabilidad, porque mañana se convertirán en socios de vida de nuestros hijos a los que hoy educamos y procuramos con amor y atención. ¿Qué sucederá cuando sus caminos coincidan? Eso depende de nosotros, de inculcar el amor en nuestros hijos y en los niños de la calle, lo que requiere asumir nuestro compromiso como seres humanos para el mundo.

¹ Ser humano es un término pensado para superar las visiones sexistas, unificando a mujeres, hombres, niños, niñas, adultos mayores, empresarios, creyentes, no creyentes. Así podemos leer a la humanidad como uno. Ser humano implica que está en devenir. Es una propuesta lingüista para favorecer la actitud y la disposición a la solidaridad, porque derriba al antropocentrismo incluso en la filosofía, y hace de las diferencias una oportunidad de crecimiento conjunto.

Merece la pena destacar que, en este texto, los derechos humanos dejan de ser categorías o conceptos universales, para convertirse en la *existencia* que es la vida misma. Así puede retornarse al origen de los derechos humanos y vivirlos desde el *ethos*, esto es, el ser humano habitando su humanidad.

El que los derechos humanos dejen de ser categorías o conceptos universales nos sitúa ante la puerta de la igualdad, como una posibilidad de educación ante las diferencias humanas, a fin de que estas no sean causas de separación sino de nuevo crecimiento. Por eso la libertad y la igualdad son la base de la fraternidad, esta última como expresión de la solidaridad social.

Así pues, humanizar a la humanidad es dignificarla, sensibilizarla-enseñarla a pensar para que encuentre su ser y viva conforme a éste. “Nuestro pensar puede indicar dónde está la verdad del ser y mostrarla como lo que hay que pensar” (Heidegger, 2000: 259). Este binomio sensibilizar-enseñar podría ofrecerse como una opción para nuestra educación del siglo XXI, ya que esta es una gran deuda que nuestros modelos educativos no han cubierto. Si deseamos una sociedad justa, entonces es necesario educarnos para reconocer la injusticia. Solo así estaremos aptos para evitarla, porque un pueblo educado difícilmente es destruido.

Dimensión ética y espiritual

¿Cuál es la dimensión ética y espiritual? La violencia se enraíza en todas las formas de desdicha que, sumadas, se convierten en el mal que destruye: el egoísmo que niega a otro a fuerza de preferirse a sí mismo, el orgullo que rebaja o envilece al otro; la avaricia (querer siempre más, no importa si para ello hay que despojar al otro) y el placer a toda costa de hacer el mal.

Esta violencia individual lleva consigo las acciones que apuntan en el fondo a destruir en el ser humano su humanidad, y sin humanidad es imposible adoptar la solidaridad social como una forma de vida.

La verdadera naturaleza de la violencia no se capta bien sino en la conclusión de su proceso: la negación del ser humano, en el otro y en mí mismo. Es importante comprender el término negar, porque ahí tiene su origen la violencia y podemos saber hacia dónde va. “La violencia empieza con todas las actitudes o acciones que niegan la dignidad humana del otro considerándolo como un objeto o nada, porque en la violencia siempre hay violación, esto es, agresión a la integridad de las personas” (Boudouresques, 1995: 45).

El sistema mexicano, degradado hoy al máximo por la violencia, denunciada en la realidad que atestiguamos, es hoy doblemente asesina, porque suprimiendo al otro como ser humano alcanza de manera irremediable a la sociedad.

La realidad anuncia un grado importante de sufrimiento en la humanidad; no obstante, la esperanza está cada día en asumirnos como seres humanos para el mundo con amor, justicia, dignidad, unidad, felicidad, que son formas de existencia innatas. La reconciliación tal vez sea el único poder capaz de restablecer el equilibrio natural de toda la existencia (humana-sintiente-viviente).

Cuestionemos nuevamente al antropocentrismo, ya que tal vez sea necesario saber que el realismo pertenece al pensamiento tradicional, el impulsor del antropocentrismo que permeó en la metafísica tradicional y hasta en la religión, como iniciador de la lucha de poder contra todo lo que existe; el que entronizó al hombre apartándolo de su humanidad. Ahí donde hay un ser humano presto a abrazar y creer, está el otro que desea engañarse y destruir.

En el pensamiento tradicional, el ser humano es utilidad-lucro; en el pensamiento meditativo, el ser humano simplemente es. La diferencia está en el pensamiento meditativo que hace posible la reconciliación, porque su poder es el no querer, y todo lo que está más allá de la voluntad es meditación. El pensamiento en sí está encima del bien y del mal. Así el pensamiento tradicional y el pensamiento meditativo son igualmente necesarios porque son nuestra naturaleza; el defecto del pensamiento tradicional en nuestros días es su exceso.

Aquí esbozo, con el apoyo del filósofo Juan Parent, una fenomenología de la no-violencia para la solidaridad social, basada en el análisis de la situación, las actitudes de los actores y los medios no violentos. Muchas situaciones de violencia son efecto de una pereza mental de los actores sociales, de los responsables políticos, de todos los que no han querido o sabido hacer un análisis lo bastante preciso que los sensibilice al diálogo basado en la verdad.

El análisis conlleva elementos objetivos, juicios y propuestas sobre el porvenir, con la conciencia de que se necesita tiempo (paciencia) a fin de evitar las improvisaciones que son causa de catástrofe y de tragedia.

Análisis de la realidad mexicana

¿Cuál es la naturaleza exacta de la violencia?, ¿cuál es el origen del conflicto que ha degenerado en violencia?, ¿cuáles han sido sus causas?, ¿por qué esta violencia?, ¿quiénes

son los autores, quiénes las víctimas?, ¿qué se hace con los autores, qué se hace con las víctimas? ¿Son las víctimas las que a menudo están bien ubicadas para percibir la realidad de la violencia?

Habrán tantas perspectivas como personas en la sociedad, de ahí que sea importante preguntar: ¿cuál es la justeza de la causa defendida? Aquí está el objetivo real: ¿se trata de reestablecer, de instaurar o de defender una situación de mayor justicia y de menor violencia que la que está viviéndose?, ¿se trata de reestablecer el Estado de derecho? Todas estas preguntas tienden a saber con certeza qué queremos como individuos-nación partiendo de nuestra realidad.

Pensemos ahora en el contexto social: ¿en qué contexto interviene la acción proyectada?, esto es, la intención de introducir la solidaridad como palanca de transformación social de la realidad mexicana. ¿Qué acontecimientos la han precedido?, ¿cómo han sido las relaciones de fuerza en las diversas categorías sociales, las instituciones y las ideologías dominantes?, ¿conocemos los objetivos del adversario y sus motivaciones? La respuesta a esta última pregunta es la que puede prevenir-evitar el ascenso de la violencia, esto es muy importante por el momento social que estamos viviendo.

Ahora reflexionemos sobre toda la sociedad como víctima de todas las formas de violencia: ¿cuál es la situación de los actores implicados?, ¿qué conciencia se tiene de la violencia que se les inflige?, ¿cuántos entre ellos pueden comprometerse con una acción de solidaridad social y no-violencia?, incluido el riesgo de que surjan rivalidades entre los que se comprometen, al fin y al cabo es difícil romper con la condición humana. ¿Cuál es el papel de la opinión pública en todo esto?

Cuando se emprende un camino, siempre es importante saber a dónde queremos llegar, ¿qué objetivos de lucha asignarse, claros, alcanzables, razonables, siempre tomando en consideración al otro? La situación por la que atraviesa nuestro país y el mundo es para darnos cuenta de que el conflicto tiene una utilidad positiva, re-equilibrar las relaciones eso es justicia, es respeto y benevolencia mutuas. Esto es asumir mi fe en el otro por el solo hecho de que es humano, aunque me haya hecho daño intencionalmente.

Las reflexiones y respuestas que se den a los anteriores planteamientos proporcionarán los fundamentos adecuados del nuevo modelo de vida para todos los mexicanos. Este modelo es una forma de existir que habrá de empezar por el principio; esto es, no soñemos pero seamos capaces de salir de nada, porque aceptemos que respecto a los derechos humanos —desde la ética— en nuestro país, estamos más cerca de nada que de todo; con la conciencia de que es a largo plazo, en coherencia con las acciones que se emprenderán

para la educación de la solidaridad social y la no-violencia. Todo esto ya de sí constituye una estrategia para dignificar la vida de todos los mexicanos.

De las actitudes de los actores

Una actitud es la forma de ser que cada uno asume frente a la realidad. Este artículo da testimonio de una intención traducida en acción frente a la realidad de nuestro país. La finalidad de estas líneas es preguntar por el testimonio de los indígenas, de los niños, de los jóvenes, de los adolescentes, de los adultos, de los empresarios, de las mujeres, de los hombres, de los políticos, de los intelectuales, de los artistas, de los religiosos, de los jubilados; de todos los mexicanos.

Podríamos optar por las actitudes intelectuales, psicológicas y éticas. En el plano intelectual es estar dispuesto a la movilización intensa de las facultades de análisis, de imaginación, de inventiva, de inteligencia, de humildad. Esta última permite a las fuerzas en conflicto dar un paso hacia la verdad en común. Cito de memoria la enseñanza de Juan Parent en su Taller de No-violencia en mayo de 2010: “La humildad en la defensa de lo que se considera justo no significa siempre que el adversario esté totalmente en el error”.

La convicción de defender una causa justa conlleva un sentimiento de paz interior y de amistad fraterna, reconocimiento del propio miedo y esfuerzo para dominarlo, reconocimiento de la propia violencia, aceptación de los riesgos, buen humor, aptitud para la negociación, voluntad de contacto con lo adversario.²

En el aspecto ético se vive conforme al respeto: evitar hacerle daño a los demás, espíritu de tolerancia, de conciliación, de solidaridad con los demás actores, aceptación de las diferencias, confianza en los débiles, reconocimiento de los errores; espíritu de sacrificio-donación, aptitud para responder a las consecuencias de los actos.

En el aspecto espiritual es válida la preparación de la acción en el silencio. Si se quiere tener fortaleza de espíritu y señorear sobre las pasiones, es necesario alimentarse en la ausencia de sonidos, que además da claridad al pensamiento frente a la dificultad. El ayuno como práctica sólo es recomendado para quienes hayan recibido preparación al respecto, pues no se trata de lastimar al cuerpo, sino de alcanzar claridad y precisión

² La historia de la humanidad se parte con el término “adversario” porque se señala a otro ser humano al que tiene que vencerse a toda costa (recordemos que nos convertimos en lo que decimos), por lo que en este artículo se opta por “lo adversario” para quitar al sujeto del punto de ataque. Lo adversario implica: no te destruyo a ti, sino que resuelvo contigo lo que me hace daño.

en las ideas a través de la donación de sí mismo. El “resourcement”, que es la vuelta a las fuentes o a los orígenes. Las prácticas del discernimiento, deseo de amar al prójimo, reconocimiento de todos los seres humanos como hermanos. Y si queremos darle algún tinte (simbólico) de fe en la resurrección como signo de una victoria sobre el mal, que es muerte (Parent, 2007: 85).

Luchar por los derechos humanos como una forma de vida para todos los mexicanos requiere reflexionar en diferentes medios no violentos, como la denuncia de la injusticia, persuasión, formas que impliquen la no cooperación, incluso la desobediencia civil cuando una ley o medida legal aparece como ilegítima; ante todo sensibilizar ante la injusticia es educar en la no-violencia.

Requerimos entonces la firmeza permanente de todos los mexicanos que, unificados en su confianza, se constituyan en el poder del pueblo, y así la solidaridad social pueda ofrecer dignidad a la realidad de nuestro país. Aquí destaca el aspecto colectivo de la acción de unirse libres de violencia por una justa causa: la liberación de nuestra nación en el compromiso de decir *no* a la violencia estructural e individual.

Ética y no-violencia

Decía Gandhi: el fin está en los medios como el árbol está en la semilla. Quien quiere el fin quiere los medios, con la condición de que lo entendamos correctamente: quien quiere un fin justo debe querer medios justos. Mientras, podemos ponernos de acuerdo respecto al fin: ¿no busca todo el mundo el bien de la humanidad?, ¿no pretende todo el mundo vivir en libertad, igualdad, fraternidad, dignidad y solidaridad? La cuestión verdadera es la de los medios, ahí es donde nos hemos equivocado.

Una pregunta que ha hecho correr mucha tinta en la historia de la humanidad y que se plantea la filosofía de manera obsesiva es: ¿por qué el ser humano ha sido capaz de las peores violencias hacia otro ser humano?, ¿es el ser humano bueno por naturaleza o, al contrario, es malévolos? Es una pregunta mal planteada, en realidad sería: ¿está en la naturaleza humana ser al mismo tiempo capaz de ser bueno y de ser malo? El ser humano es, a la vez, capaz de male-violencia y de bene-violencia, de bondad y de maldad, de amor y de crueldad, de ternura y de odio. Si existen en la naturaleza del ser humano estas dos capacidades, estas dos potencialidades, la pregunta que se plantea entonces es ¿cómo vamos a elegir vivir?

La práctica reflexiva de la acción no-violenta enseña que la coherencia entre los fines y los medios se construye poco a poco en una remisión permanente de los unos a los otros. La actitud moral suscita la voluntad de encontrar los métodos apropiados, afina y despierta incansablemente la imaginación, guía las elecciones. De nuevo la práctica de la acción no-violenta permite profundizar, afinar, hasta relativizar una actitud aún marcada de idealismo, llevándola a tomar más en consideración las realidades de las que se trata (Boudouresques, 1995: 51).

Ética y derechos humanos

La ética como sabiduría nos aproxima al mundo desde la realidad que se eleva a la verdad vuelta acción, de ahí que nos lleve a comprometernos en los conflictos del mundo por la justicia y la libertad. Hacer prueba de benevolencia hacia quienes sufren una situación de injusticia consiste en manifestarles nuestra solidaridad; es estar prestos a actuar en su favor y, cuando la oportunidad lo amerite, realizar con ellos una lucha para que obtengan el restablecimiento de sus derechos humanos.

La actitud que manda la acción no violenta se vincula con una ética general fundada sobre la convicción de que todos los seres humanos son iguales, libres, únicos y deben ser respetados en su vida y en su dignidad. Sobre esta base descansa la no-violencia y la ética de los derechos humanos que aquí nos ocupa.

Este origen común es rico en consecuencias para cualquier tradición (si dejamos atrás los conceptos y categorías universales). Se alcanzan los *existenciales*³ de libertad, igualdad, fraternidad, dignidad, solidaridad, entre otros más, como formas que hacen anular la explotación, la discriminación, la opresión; en una palabra, todas las formas de injusticia que engendra la violencia.

Invocar los derechos inalienables es elegir cierta visión humana, que caracteriza al ser humano como un ser espiritual, dotado de autonomía y de conciencia, actor de su historia, aspirando a la libertad para sí y para todos, por consiguiente, negándose a la violencia en todas sus formas (Boudouresques, 1995: 52).

³ Aquí es vista la existencia como la experiencia de vida misma. Esta reflexión está basada en la filosofía heideggeriana, para la que estos valores no son modos mentales ni metafísicos, son una posibilidad de existir, es lo que da vida al ser.

Así que proclamar los derechos humanos como una forma de vida es derribar el sistema que secreta o perpetúa la injusticia; es dignificar la vida humana al humanizarla desde el ser, porque evita la explotación del ser humano por el ser humano, porque respeta y ama todas las formas de vida de la naturaleza, porque respeta el delicado equilibrio entre lo humano y todo lo que lo rodea, logrando un estilo de vida coherente. De ahí que los derechos humanos de tercera generación sean considerados la nueva forma de vida para todos los mexicanos.

Los derechos humanos como una forma de vida son una acción humana sostenida en la no-violencia, por lo que es importante tener presente la contingencia y la ambigüedad de situaciones históricas. Es una orientación para existir con propiedad, donde el amor puede alejar la injusticia manifestada en la violencia. “Se trata de tener la capacidad de creer en la humanidad, esto es aceptar un enriquecimiento espiritual-mutuo (lo sagrado), no en el sentido religioso, sino en el sentido de la trascendencia, se habla aquí de los misterios del ser humano, esto es, filosofía hermética” (Trimegisto, 1998: 10).

Con todo lo anterior sería importante meditar sobre la unidad de los vivientes-sintientes, donde desde luego está incluida la humanidad. Esta visión alimenta un respeto profundo hacia todo lo que vive-siente.

Las religiones —y entre ellas el cristianismo— han pagado un alto precio a las violencias de la historia: las cruzadas, la Inquisición. Han ido hasta legitimar a la guerra santa. La convicción de detentar la verdad última sobre el hombre desemboca fácilmente en el fanatismo y la violencia. Sin embargo, nuestro juicio crítico debe tomar en consideración las costumbres y las mentalidades de la época. Por consiguiente hace falta afirmar claramente que una concepción del hombre o visión humanística sin referencia religiosa pueden fundar a los derechos humanos y a la no-violencia, esto no sólo de hecho sino por derecho (Parent, 2007: 60).

¿Por qué no al fundamento religioso? Porque la religiosidad y la ética tradicional se basan en la práctica del antropocentrismo, así el diálogo que se plantea es solo entre seres racionales, lo que provoca exclusión por diferencia. Así es imposible tener una actitud de respeto y reconocimiento de lo humano por lo humano, de lo vivo por lo vivo, de lo sintiente por lo sintiente.

Regresar a lo originario de lo humano significa pertenecer a una comunidad de seres humanos libres (rechazar el trato de manera instrumental). Ser humano es ser con las cosas, y la vida es la relación de las cosas con lo humano. Aquí es donde se plantea la

coexistencia: ¿cómo existimos ante el mundo juntos, alejados, cercanos, unidos?, ¿cómo estamos ante el mundo desde el exceso del pensamiento tradicional o desde el pensar meditativo?, ¿hemos o podremos vivir la medida entre estos pensar?

Estamos juntos pero alejados, somos extraños en la misma tierra, en el mismo mundo. Por la forma de relacionarnos con las cosas, todo es consumible y atenta contra lo natural, así también las relaciones interpersonales son calificadas de desechables, ya casi nadie se ocupa de vivir conforme a lo que es a cada quien (asumir-modo-de-vida). Se va por la vida sin cuidar-ocupar el lugar que corresponde, violentando el principio de orden que rige al universo y así se pierde el sentido de vivir y se genera el caos, porque hemos descuidado la cosa que es la vida, y así es como se pierde la salud, la felicidad, la paz, el amor y la naturaleza.

La pregunta filosófico-existencial ¿para qué? se plantea para buscar la ubicación de la persona ante el mundo, lo que en diversos autores y desde diferentes corrientes filosóficas le han llamado finalidad, voluntad de poder, misión, etc. No es otra cosa que vivir conforme al principio de orden cosmológico. Nuestra lejanía con este principio es la causa de la realidad que hoy vivimos. Conociendo esto podemos seguir con las preguntas ¿quién soy? y ¿hacia dónde voy? El quién soy que se creyó que se era no es, es la máscara, un modelo existencial de perfección donde el amor no tiene cabida.

¿Hacia dónde voy?, es un pregunta que hay que cuidar para evitar una cadena de errores. Tendría que entenderse aquí que en la amplitud del horizonte lo lejano es la antesala de lo cercano; por lo que el movimiento destinal es la cercanía, es el medio para regresar a lo originario". El *Dasein* propio solo es coexistencia en la medida en que, teniendo la estructura esencial del coestar comparece para otros" (Heidegger, 2003: 146).

La meta es entonces la apertura a la cercanía, a la unidad, como la posibilidad de crear motivaciones, emociones o proyecciones de cómo queremos ser-en-el-mundo. La cercanía es esperar a que las cosas sean otra vez lo que son; esto es serenidad, la morada del desacostumbramiento a lo estructural, al qué, a la voluntad; la serenidad que se despierta cuando es otorgada, porque es la esencia del pensar meditativo, no el pensar tradicional. "La serenidad es *die Gegend* (comarca) por cuya magia todo cuanto le pertenece regresa a aquello a donde descansa. Lo reúne todo, lo uno con lo otro y todo con cada uno, llevándolo a demorar en el reposo de sí" (Heidegger, 2002: 47).

Esta cercanía implica el movimiento natural de ir aproximándose los unos con los otros y los unos en cada uno, de manera natural porque es sin coerción, sin normas, sin condiciones; eso es amar incondicionalmente. ¿Por qué es importante regresar a lo sagrado? Porque es regresar a la naturaleza, ahí donde no hay esfuerzos, ni competencias,

ni mejores, ni vencedores, ni vencidos; donde todo fluye y refluye en el cauce del orden cosmológico; ahí donde mora la esencia del conocimiento. El ser nos llama pero en el bullicio del consumismo es imposible escucharlo.

El consumismo es la prisa que asfixia provocando un vacío que es la falta de sentido; ahí no hay tiempo para escuchar los estados de ánimo provocados por la angustia, el miedo, hasta el frenesí o la psicosis, porque el modelo de perfección dice: ser es tener. Nada más falso que eso. El peligro de este exceso es que ya no solo somos consumidores, sino consumidos.

El pensamiento tradicional y el pensar meditativo están más allá del mal, el peligro está en el desequilibrio que se presenta entre ambos. El pensamiento tradicional planifica, mide, dirige con leyes, es evidentemente positivista, porque obedece al interés de lo que se quiere asegurar para sí; mientras que el pensar meditativo busca lo originario, piensa *por mor* del sentido. El defecto está en denigrar el pensamiento meditativo y el peligro está en perseverar en este defecto, lo que aniquila el pensar como constitutivo del ser humano.

¿Cómo salvar lo que la desesperanza de nuestros tiempos nos presenta como insalvable? “El pensar sólo actúa en la medida que piensa [...] y [...] el pensar se deja reclamar por el ser para decir la verdad del ser” (Heidegger, 2000: 259). Eso es humanismo, el cuidado del ser. Pensar al ser como tal, en ello radica la dignidad humana, en el pensar originario, en lo no dicho de los conceptos, en lo diferente, en la existencia misma. “Pensar el ser quiere decir: responder a su esencia” (Heidegger, 2001: 15).

En la dimensión de lo salvo está la dignidad, ahí donde se recobra el sentido por la esencia. En el peligro está la salvación; el peligro conlleva en sí mismo, en su esencia, la salvación. Esto es la apertura al misterio, porque oculta tras el peligro la esencia de la salvación. Si nos damos cuenta de esto, nos reconciamos; aquí está la posibilidad de ser.

De esa forma, el desocultar que ya es otro ocultar, es la posibilidad que libera al ente. La libertad es la posibilidad de desocultar ocultando; la libertad, en este sentido, despliega la esencia de la verdad. No es una libertad subjetiva, ni mucho menos sujeta a leyes; es la libertad como modo de ser de la relación entre el ser humano y el ser, en la cual el ser humano contempla la suprema dignidad de su esencia. Dignidad que consiste en custodiar el estado-de-oculto de toda la esencia en esta tierra (Heidegger, 2001: 26).

Conclusiones. Un modo de abrir el mundo: la solidaridad

La solitud es una forma de ocuparse de toda la esencia en esta tierra, es la interpretación del coestar como un constitutivo de estar-en-el-mundo, en el que compareciendo para otros se coexiste con ellos.

Al ser de Dasein le va su mismo ser, le pertenece al coestar con otros. Por consiguiente, como coestar, el Dasein “es” esencialmente *por-mor* de otros. Esto debe entenderse como un enunciado existencial de esencia. También cuando un determinado Dasein fáctico *no* se vuelve hacia otros, cuando cree no necesitar de ellos o cuando, por el contrario, los echa de menos, *es* en el modo de coestar. En el coestar, en cuanto existencial *por-mor* de otros, éstos ya están abiertos en su Dasein. Esta apertura de los otros, constituida previamente por el coestar, es pues también parte integrante de la significatividad, es decir, de la mundaneidad que es el modo como la significatividad queda afincada en el *por-mor* existencial. Y por eso la mundaneidad del mundo así constituida, en la que el Dasein se encuentra siempre por esencia, hace que lo a la mano en el mundo circundante comparezca de tal modo que, junto con él, como objeto de ocupación circunspectiva, comparezca la coexistencia de otros. La estructura de la mundaneidad del mundo es tal que primeramente los otros no están-ahí, junto a otras cosas, como sujetos que flotan en el vacío, sino que se muestran en su estar ocupados en el mundo circundante desde lo a la mano de éste (Heidegger, 2003: 148).

La coexistencia es la vida en común que se teje con los hilos del ser (*por mor*) a favor del otro, para que el otro viva como yo. Por ejemplo, el otro es la propia existencia, porque el amor es asumir la existencia propia con la de cada uno, *v. gr.*: saber que tu existencia es mía, porque mutuamente nos hemos regalado las esencias. Pero este conocimiento mutuo demanda llegar a conocerse. Esto es lo originario, el sentido de cuidar que la vida sea vida, que el amor sea amor, que lo humano sea siempre humano.

El estar vuelto a los otros es sin duda ontológicamente diferente del estar vuelto a las cosas que están-ahí. El “otro” ente tiene, él mismo, el modo de ser de Dasein. En el estar con otros y vuelto hacia otros hay, según esto, una relación de ser del Dasein a Dasein, puesto que éste tiene una comprensión de ser y, de este modo, se relaciona con el Dasein. La relación de ser para con otros se convierte entonces en una proyección “a

otro” del propio ser para consigo mismo. El otro es un “doblete” del sí-mismo (Heidegger, 2003: 149).

¿Cómo salir del yo?, ¿cómo encontrar al otro? Con amor, en amor y por amor. Si consideramos que el amor es una forma de estar en el mundo, solo entonces será posible la unidad en forma natural, viviéndola como hacer propias las causas ajenas; es vivir sabiendo que todo cuanto existe está interrelacionado: uno para todos y todos para uno.

Pero, así como el abrirse o cerrarse a otro se funda en el correspondiente modo de ser del convivir, e incluso no es otra cosa que este mismo, así también la apertura explícita del otro mediante la solicitud surge siempre del primario coestar con él. Esta apertura temática, aunque no teórico-psicológica del otro se convierte fácilmente en el fenómeno que primero cae bajo la mirada para la problemática teórica de la comprensión de la “vida psíquica ajena”. Y así, lo que fenoménicamente no es, “por lo pronto”, otra cosa que un modo del convivir compresor, es comprendido como lo que “inicia” y originariamente posibilita y constituye la relación con los otros. Ese fenómeno llamado, de manera no precisamente feliz “Einfühlung” (“empatía”. Es más propio llamarlo endopatía), debería ser en cierto modo por primera vez, tender ontológicamente el puente desde el propio sujeto, dado primeramente solo, hacia el otro sujeto, que empezaría por estar enteramente cerrado (Heidegger, 2003: 149).

Estar unos con otros se funda inmediata y a menudo exclusivamente en aquello sobre lo que recae la ocupación común. Un convivir que deriva de hacer las mismas cosas se mueve la mayor parte de veces no solo entre límites externos, sino que a la vez reviste el modo de la distancia y la reserva. El convivir de los que se dedican a la misma actividad solo se nutre con frecuencia de la desconfianza. “El compromiso común con una misma causa se decide desde la existencia (*Dasein*) expresamente asumida. Sólo esta auténtica solidaridad hace posible un tal sentido de las cosas, que deje al otro en libertad para ser él mismo” (Heidegger, 2003: 147).

Así, la solidaridad es un modo de abrir la realidad mexicana.

Bibliografía

01. Boudouresques, Bernard (1995), *Luchar de manera distinta para defender los derechos humanos*, México, UAEM, 115 pp.
02. Heidegger, Martin (2000), *Carta sobre el humanismo*, Madrid, Hitos, 170 pp.
03. Heidegger, Martin (2003), *Ser y tiempo*, Madrid, Trotta, 497 pp.
04. Heidegger, Martin (2001), *Conferencias y artículos*, Barcelona, Ediciones Serbal, 208 pp.
05. Heidegger, Martin (2002), *Serenidad*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 88 pp.
06. Parent, Juan (2007), *La acción no-violenta. Bases teóricas y sugerencias prácticas*, Toluca, CODEHEM, 129 pp.
07. Trimegisto, Hermes (1998), *Kybalion*, México, Grupo Tomo, 133 pp.

Angélica Castañeda-Martínez: Abogada egresada de la UAEMéx. Estudió la Maestría en Ética en la misma institución. En 2012 hizo una estancia de investigación doctoral en el CNRS-IHPST de París, así como *séjourné* de Philosophie et Biologie en la Sorbonne I de París, además del Diplomado de Administración y PNL en la Universidad de Castilla la Mancha, España, en 2005. Durante 2011 impartió conferencias, seminarios y talleres tanto internacionales como nacionales sobre temas humanistas. Inició el movimiento no violento "Esperanza y Unidad" en la Preparatoria núm. I anexa a la Normal Superior del Estado de México con padres de familia y alumnos, cuyos lemas son: "Somos uno" y "Antes de que caigas tú caigo yo". Actualmente está inscrita en el padrón de talentos Conacyt.